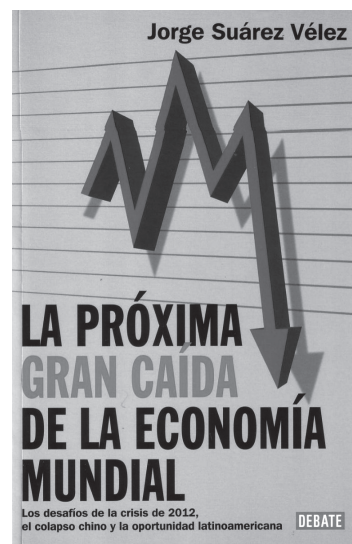


Jorge Suárez Vélez, *La próxima gran caída de la economía mundial. Los desafíos de la crisis de 2012, el colapso chino y la oportunidad latinoamericana*

México: Editorial Debate, 2011. 264 páginas

El capitalismo, que ha sido el modelo económico predominante en el mundo desde la segunda revolución industrial (1750) hasta la actualidad, se ha visto impactado a lo largo de su historia por desequilibrios que generen los grandes dueños del sector privado en las economías de sus países, y cuya solución dejan en manos de los gobiernos. Las crisis que han sido documentadas de manera más extensa son aquellas que acontecieron en países considerados potencias mundiales, ya que estas por lo general han tenido repercusiones en las economías de otras naciones. Se destacan, en las últimas décadas, el desplome de la bolsa japonesa en 1989 y la crisis de los *subprime* en Estados Unidos que estalló en el año 2008. Es importante reconocer la tendencia de todo modelo económico a presentar fallas en la medida en que se va desarrollando. La referencia más significativa de esto es la Gran Depresión (octubre de 1929), cuando fue casi imposible que



* Estudiante de Administración de Empresas de la Universidad Central y socio fundador del proyecto empresarial Juanduchito, que presta sus servicios en las instalaciones de la Universidad. Actualmente, es el representante estudiantil ante el Comité de Autoevaluación con Fines de Acreditación y es miembro colaborador del semillero de investigación Sagesse.

Autor

Juan Diego Mosquera Domínguez*

El primer capítulo define detalladamente las causas de la crisis estadounidense que estalló en el 2008 y postula que esta fue el resultado de la implementación de políticas monetarias y sociales inadecuadas para la economía durante el gobierno de George W. Bush y la habilidad del sector privado para lograr una alta rentabilidad a partir de la bonanza del sector inmobiliario.

el gobierno estadounidense subsanara sus impactos y solo mediante la guerra la economía estadounidense pudo estabilizarse nuevamente.

Al respecto, este libro define detalladamente en el primer capítulo las causas de la crisis estadounidense que estalló en el 2008 y postula que esta fue el resultado de la implementación de políticas monetarias y sociales inadecuadas para la economía durante el gobierno de George W. Bush y la habilidad del sector privado (entidades financieras, calificadoras de riesgos,

etc.) para lograr una alta rentabilidad a partir de la bonanza que se estaba viviendo en el sector inmobiliario principalmente gracias a dichas políticas. Las políticas gubernamentales tenían como objetivo principal permitir a la mayor parte de la población adquirir una vivienda propia, lo que tuvo como consecuencia “el aumento del endeudamiento de las familias americanas, dado por una enorme abundancia de crédito a costos extremadamente bajos” (p. 41). Aunque se puede calificar como una política de gran interés social, fue el sector financiero quien más se benefició de ella.

Si bien los intereses de los créditos habían disminuido para incentivar la compra de vivienda por medio de estos, no eran las entidades financieras las que corrían con el riesgo de que los deudores no pagaran sus cuotas, ya que estas eran pagadas casi de forma inmediata a los bancos por parte de Fannie Mae y Freddie Mac, compañías avaladas por la Reserva Federal para brindarle liquidez a los bancos con el fin de que estos pudieran seguir dando créditos.

Con las cómodas condiciones que se le presentaban al sector financiero para prestar el dinero y obtenerlo de vuelta casi de manera inmediata, y el crecimiento notable de la demanda de crédito de las familias americanas, “los corredores hipotecarios empezaron a empujar al deudor a falsificar información” (p. 70), motivados por obtener la mayor cantidad de dinero posible de este incremento exponencial de los beneficios que el sector inmobiliario estaba generando a los bancos.

Es a partir de este ejemplo que podemos evidenciar la asimetría de información con la cual los corredores hipotecarios se convierten en intermediarios entre los individuos que adquieren la deuda y entidades como Fannie Mae y Freddie Mac, que les permite hacer atractivo el endeudamiento destacando bajas tasas de interés y exhibiendo a la vez un “bajo riesgo” del no pago de esta deuda. Esto no se considera éticamente correcto, dado que se basa en el engaño; pero la ansiedad de dinero y el desconocimiento del impacto que estas acciones tendrían permitieron que este fenómeno se diera de forma continua durante más de cinco años alrededor de todo el país. Sin embargo, sería injusto señalar a los agentes inmobiliarios como los principales culpables de la crisis, ya que estos actuaban bajo incentivos generados por organizaciones financieras que mediante bonificaciones retribuían de manera muy generosa el trabajo hecho por los agentes. Estas actividades y la falta de regulación financiera del Gobierno fueron la causa de la crisis que detonó en septiembre de 2008, visibilizada por la bancarrota de The Lehman Brothers y los problemas financieros que otros bancos manifestaron tener —como Citibank,

Goldman Sachs y Bank of America— por la excesiva emisión de créditos *subprime*.

El impacto económico negativo generado por la crisis no se dio solo en Estados Unidos, sino que esta tuvo repercusiones a nivel mundial, puesto que “en este mundo globalizado lo que influye en una región, con frecuencia influye en otra” (p. 73). Esto trajo consigo una gran expectativa sobre las iniciativas políticas que el gobierno del presidente Obama implementaría para solventar estas nuevas inconsistencias económicas. Aunque los esfuerzos de intervención por parte del Gobierno en el sector financiero fueron abundantes, aún no se han logrado reducir los niveles de endeudamiento de manera significativa, lo cual se le atribuye constantemente a la cultura de consumo de la sociedad estadounidense.

En el segundo capítulo, el autor se refiere a los problemas que vivió la Unión Europea, más o menos simultáneamente, a causa de las condiciones financieras desfavorables que países como Portugal, Irlanda, Italia, Grecia y España (denominados PIIGS por sus siglas en inglés) tuvieron que enfrentar, lo que se convirtió en un lastre para el crecimiento económico de los países más industrializados de la zona (Alemania y Francia) en los últimos años. Las crisis financieras de estos países fueron impulsadas por “los sesgos que implicaba mantener una política monetaria común para la eurozona” (p. 92), que trajo consigo unas tasas y plazos de endeudamiento que previamente hubieran sido impensables y que fueron aprovechados en su gran mayoría por el sector inmobiliario, lo que implicó que en el largo plazo no mejorara la productividad ni el nivel competitivo de estos países, mientras que sus pasivos sí se elevaron exponencialmente durante los años de abundancia. Esto obligó a dichos países a recurrir cada vez con más frecuencia a “financiarse con dinero de las naciones europeas más industrializadas” (p. 108), lo cual no resolvía el problema de solvencia en el que estos países ya estaban inmersos, que solo era factible resolver mediante la mejora de la productividad por medio de la inversión tecnológica y la reducción de inversiones a corto plazo que a futuro se convertirían en pasivos.

Por otro lado, la crisis del euro puso en evidencia la falta de consenso entre los países miembros sobre la importancia de la armonización fiscal y su manejo comunitario. Numerosos críticos del proceso de integración aseguran que, pese a tener el fisco común y los fondos estructurales como instrumento de desarrollo para los nuevos integrantes, la Unión se quedó corta a la hora de convenir políticas macroeconómicas coordinadas.

La aparición de futuras crisis financieras se considera entonces como algo inminente pero al mismo tiempo imposible

de predecir. En el capítulo tres, referente a la próxima caída de la economía mundial, se describen algunas de las situaciones que se viven en distintas regiones del mundo y a partir de las cuales podría generarse la próxima crisis. Para el autor, la única manera de evitarlas sería que los gobiernos implementaran “niveles de capitalización adecuados, extrema transparencia y barreras a contactos instantáneos entre diferentes sectores de la economía” (p. 167).

La mayor atención al respecto, por sus condiciones regionales, se centra en China, que ha sido considerada como la sucesora de Estados Unidos en el trono de la economía mundial, teniendo en cuenta el crecimiento económico sostenido que ha presentado durante las últimas dos décadas y la posesión de gran parte de la deuda que el país norteamericano tiene actualmente con entidades extranjeras. Según Suárez, “en China el crecimiento es el origen y no el resultado de la política económica” (p. 175), pues —afirma— desde un principio el gobierno carecía de legitimidad ante el sector económico, la red de seguridad social era ineficiente y, a pesar del crecimiento, una cantidad significativa de la población aún vive en condición de pobreza. Además, China es el país con más habitantes del mundo, lo que ha obligado al Gobierno a limitar la cantidad de hijos que cada pareja puede tener; esto tendrá una gran repercusión económica en unos veinte años, cuando la fuerza productiva haya envejecido y la población económicamente activa disminuya de manera significativa, lo que reducirá de forma inevitable su capacidad de producción.

La consideración de estas condiciones desfavorables para el futuro económico de China hace creer a los inversionistas en el potencial que tiene

inyectar capital en economías emergentes, puesto que esta tendencia “se ha acentuado conforme crece el flujo de inversión que va hacia ellos [los países emergentes]” (p. 223). Entre los países emergentes se destacan Brasil y Chile, que en los últimos años han logrado demostrar una gran capacidad económica, traducida en una revaluación de su moneda nacional. Estos incentivos de inversión se han expandido a los países aledaños, ya que se estima que cuentan con salud fiscal.

El libro permite concluir que las crisis económicas son momentos que, según el ciclo económico del capitalismo, tienen que experimentarse después de alcanzar un nivel de crecimiento límite, pero la predicción de ese límite es imposible, y por ello el único medio de impedir la crisis es la regulación estatal. Así, el autor señala que “siempre se piensa que la realidad ha cambiado, que hay algo que esta vez justifica el

alza de los precios” (p. 67), pero esta justificación solo facilita que surjan problemas en distintos sectores económicos que tendrán efectos a nivel mundial.

Es entonces importante considerar el compromiso que tienen todos los Estados de regular con mayor rigor el desarrollo del sector privado, más aún teniendo en cuenta que “el principal problema que enfrenta la economía mundial es el endeudamiento de gobiernos (Reino Unido y Japón), individuos (Estados Unidos) y empresas (España) en países industrializados” (p. 215).

Sería ideal entonces no estar preocupados por los estragos que causa el sector económico, para que los Gobiernos puedan dejar el afán por el dominio y la supremacía determinados por la capacidad económica y presten mayor atención a problemas más relevantes como la contaminación del medio ambiente y los problemas sociales y culturales en todos los países del mundo. Esto solamente sería posible con la estructuración de un nuevo sistema económico que no tenga como fundamento la plusvalía del trabajo —que lo único que hace es beneficiar a unos pocos en detrimento de las condiciones de vida de los demás (la sociedad en su mayoría)— y que aplique normas para regular la distribución del capital y permitir una distribución más equitativa de lo que cada país posee. 🍀